



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 42.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 48 rs. — Seis meses 54 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Calle de la Congregacion, 1 duplicado, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 19 Marzo 1863.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Crónica de teatros, por D. Jacinto Labaila.—
Otro capítulo de un viaje: El santuario de Mon-
serratt, por D. Vicente Boix.—Estudios sobre la
literatura portuguesa, por D. Rafael Ferrer y
Bigné.—Templo del Apóstol Santiago.—Mr. Au-
ber.—Mi portero, por D. Justo del Barrio.—En-
sayo crítico sobre las negaciones racionalistas:
Introduccion (continuacion), por D. Luis Vidart.
—Lamentos (poesía), por Doña Isabel Poggi.—La
caridad (poesía), por D. Rafael Blasco.—Felicidad
doméstica (continuacion), por D. Antonio de
Trueba.—Revista de Madrid, por D. R. Serrano
Alcazar.

Láminas. Templo del Apóstol Santiago.
—Mr. Auber.

CRÓNICA DE TEATROS.

Esa es sabida, que los buenos actores
que en la actualidad posee el teatro
español, están desunidos y formando
cada uno de ellos á la cabeza de un
grupo ó fraccion, ni mas ni menos que nues-
tros hombres políticos; reunirlos, pues, ha
sido acaso la idea que ha impulsado al Ayun-
tamiento de Madrid á acordar que el arriendo
del teatro del Príncipe para el año próximo
entrante, se conceda á la empresa que pre-
sente mejor compañía, y que dicho arriendo

se conceda gratis. Loable es la idea de la mu-
nicipalidad de la Corte, y fecunda puede ser
en resultados para el Teatro nacional, si al
tiempo de elegir empresa la justicia hace es-
clusivamente la eleccion y no las recomenda-
ciones y las influencias que malean los mas
útiles proyectos, y dan al traste con las me-
jores ideas, en este país del favoritismo: si so-
bre conceder *gratis* el arriendo del Príncipe,
se elige á la empresa que no presente *mejor*
compañía, en vez de dar un paso de gigante
hacia la proteccion del arte nacional, habrá
dado muchos hacia atrás el Ayuntamiento de
Madrid, y caerá de lleno en el abismo de los
privilegios injustos, que son los dogales que
ahogan los adelantos artísticos: no pedimos
imposibles, antes al contrario, pedimos lo que
puede y debe concederse á todo el mundo,
pedimos *justicia*; nada mas.

De pocas novedades de bulto podemos dar
cuenta á nuestros lectores desde nuestra cró-
nica anterior; relataremos, esto no obstante,
lo que en los teatros ha ocurrido en los quin-
ce dias últimos.

En el teatro del Ambigú de París el jueves
de la semana pasada se estrenó con brillante
éxito un drama de Paul Meurice, titulado *Las*
dos Dianas, cuyo argumento está tomado de
la novela del mismo nombre que escribió Ale-
jandro Dumas, padre.

Con gran actividad continúan en París los
ensayos de la ya célebre ópera póstuma *La*
afriana, y segun dicen los periódicos de aque-
lla capital se pondrá en escena á primeros de
Abril.

La eminente trágica Sra. Ristori ha reci-

bido de parte del Sultan de Constantinopla,
como muestra del afecto con que mira á los
dignos intérpretes del difícil arte, un magnífi-
co collar de diamantes que lleva grabadas sus
iniciales; el gran visir entregó, por mandato
de su señor, dicha alhaja á la célebre artista.

Se ha estrenado con buen éxito en el tea-
tro del Príncipe de la Corte el drama en un
acto, titulado *El laurel de la Zubia*, origi-
nal del ex-gobernador de Valencia Sr. Hurta-
do, y del ex-oficial del ministerio de la Gober-
nacion Sr. Nuñez de Arce.

En el de Variedades se ha puesto en es-
cena la comedia en tres actos y en verso,
original del Sr. Mozo de Rosales, *El que no*
la corre antes.... que se aplaudió, llamando
al autor á la escena al final de la obra. Las
piezas en un acto *Con canas y polleando* y *Un*
tirano con faldas, ejecutadas en dicho coliseo,
entretuvieron al público.

Dicese que el teatro de la plazuela de la
Cebada ha pasado á otra empresa, al frente de
la que figura el Sr. Montañó, con objeto de
dar en dicho coliseo comedias y dramas de
gran espectáculo.... es muy justo; estamos
en la época del espectáculo.

El martes de la semana anterior se repre-
sentó en el Liceo, de nuestro compatriota el
Sr. Piquer, la comedia de Serra, *¡En crisis!*
siendo muy bien desempeñada por las señoras
de Arrueta, y los Sres. Malo, Treviño y Arrue-
ta, y la pieza en un acto *Pepita*, que se puso
en escena con igual brillantéz; la señorita de
Príncipe, que ha heredado el númer de su
padre, y nuestro colaborador, el Sr. Serrano
Alcazar, leyeron sentidas poesías que mere-

cieron los aplausos del escogido público que llena siempre el lindo teatro de nuestro paisano el escultor de cámara.

En el teatro de Tarragona se ha estrenado una comedia en dos actos titulada *De la mano á la boca*, original del capellan del regimiento de Soria, de guarnicion en aquella plaza; segun cartas, que tenemos á la vista, la citada comedia es notable por su versificación fácil y correcta y fue muy aplaudida.

Estraordinario es que un clérigo en esta época escriba para el teatro, es un acontecimiento digno de mencionarse; y de desear es que su autor se dedique á escribir obras de mas proporciones, ya que con tan buen pié pisa el terreno resbaladizo en el que se inmortalizaron Lope de Vega, Calderon y Tirso de Molina, dignos sacerdotes, que colocaron muy alto el teatro español.

En el teatro Principal de Zaragoza ha debutado con buen éxito en *La Sonámbula* la compañía de ópera compuesta de las señoras Tamburini y Ferloti, y de los Sres. Ciarlini, Rodas y Morelli.

El Liceo, recientemente fundado en dicha poblacion, dará principio muy pronto á sus funciones, que sin duda estarán muy animadas, tomando parte en ellas las principales señoritas de Zaragoza, que han accedido gustosas á la invitacion de la Sociedad.

En el Liceo Valenciano púsose en escena noches pasadas la comedia de Rubí *República conyugal*, dirigida por el escelente aficionado Sr. Ballester; tanto dicho señor como los demás socios que tomaron parte en la representación de la obra fueron llamados á escena al final, en prueba de lo satisfecho que dejaron al público.

Finalizó la funcion con la pieza en un acto *Fé, Esperanza y Osadía*, en la que se distinguió la señora Coronel.

El primer viernes de cuaresma dió un concierto en el teatro Principal el Sr. Monfort, muy conocido en los círculos elegantes de esta capital, á beneficio de los que han sufrido las inundaciones de Alcira: en atencion al día, á la época, y haberse dado bastantes funciones con dicho objeto, hubo poca concurrencia, pero no por eso fue el éxito menos satisfactorio para dicho Sr. Monfort, autor de las piezas que se cantaron y tocaron, y para la señora Passerini y el Sr. Carbonell, que fueron aplaudidos con justicia; la señora Santamaría no pudo participar de dichos aplausos por estar enferma.

La compañía de zarzuela no ha ofrecido al público ninguna novedad; nos ocuparemos de ella cuando egecute *Pan y Toros*.

Hemos tenido el placer de volver á oír la célebre partitura de Donizetti, *Lucia*, en la que como siempre arranca muchos aplausos la señora Passerini y los señores Pavani, Várvaro y Marinozzi.

Tambien se ha representado el *Nabuco*, ofreciendo la novedad de tomar parte en dicha ópera la señorita Vicent, tiple de zarzuela, que obtuvo espontáneos aplausos.

Pero donde la compañía de ópera ha rayado mas alto en nuestro concepto, es en *Lucrecia Borgia*; gustando tanto al público, que creemos que dicha partitura será una de las favoritas de la presente temporada.

La señora Passerini sostiene bastante bien la parte de Lucrecia cantando con sentimiento y agilidad, cuando puede hacer uso de dichas dotes, pero el carácter de Lucrecia no puede definirse exactamente por una actriz que no domina perfectamente la parte dramática del tipo; la espresion artística es el complemento de la ilusion en el teatro; además de saber cantar, es preciso dar carácter á la parte que se canta para llegar á la cumbre del arte.

La señora Sanchioli ha estudiado y ha dominado esa parte tan difícil; pocas veces hemos visto al público del Principal, tan frío

de costumbre, dejarse llevar del entusiasmo como en las dos representaciones de *Lucrecia* oyendo el brindis de Orsini cantado por dicha artista: la señora Sanchioli es una cantante que cuando quiere *empaigne son publique*, como dicen los franceses; entre un torrente de aplausos repitió el brindis, con poderosa voz, con gracia, con brio, empezando á trinar á media voz, subiendo de tono hasta llegar á hacer el trino mas potente que puede salir de garganta humana, cuyo efecto es irresistible.

El Sr. Oliva Pavani cantó perfectamente su parte, sobre todo, la hermosa romanza que se escribió para Mario, y que el maestro Ruiz ha instrumentado con gusto é inteligencia. El duque Alfonso tuvo un buen intérprete en el Sr. Marinozzi, sobre todo en la parte dramática.

Los artistas fueron llamados á la escena al final del primer acto y á la conclusion de la ópera.

En el momento que escribimos estas líneas están finalizando los ensayos del *Nuevo Moisés*, y probablemente se habrá representado cuando se publique esta *Crónica*; en la otra nos ocuparemos de la reputada ópera del maestro Rossini.

JACINTO LABAILA.

OTRO CAPÍTULO DE UN VIAJE.

EL SANTUARIO DE MONSERRAT.

III.

La tradicion, tan poética como piadosa, que cuenta el hallazgo de la sagrada imagen de la Virgen, no es mas que la lindísima introduccion de otra leyenda, mas variada, mas romántica, si se me permite esta calificación, que envuelve en sus episodios la fundacion material del primer monasterio, en el sitio que ahora ocupa en parte la moderna y elegante construccion actual.

Corria el año 898, cuando en las sombrías y elevadas soledades del Monserrat vivia penitente un célebre valenciano, que procedia de una antigua familia goda. ¿Quién no ha oido referir los hechos de Fr. Juan Garin?

Así se llamaba efectivamente el ilustre anacoreta, que entregado á la vida contemplativa en la region de las nubes, viviendo entre Dios y la soledad, no percibia el inmenso fragor que levantaba el movimiento militar de aquel siglo grosero y semibárbaro, en que existian aun los bosques y las hordas de la formidable Germania y se consolidaba el califato de Córdoba, á despecho de las convulsiones de la Europa. Garin se apercibia apenas de la existencia de los hombres, allí, donde el tráfigo del mundo no tenia eco alguno, cuando se le presentó un día otro ermitaño de blanca barba, de sayal humilde y con el aire mas modesto que es capaz de tomar la mas estudiada hipocresía. El nuevo compañero se presentó tan respetuoso, tan compungido, que Garin dió gracias á Dios por haber encontrado, mas que un hermano de peregrinacion, un alto modelo que se proponia imitar. El recién llegado eligió su cueva en uno de los puntos mas fragosos de la montaña y orillas de una altísima cortadura. El nuevo huésped podia vivir seguro en aquella mansion aérea, porque podia subir y bajar, cuando queria, ora rugiese la tempestad, ora se hallara envuelta la montaña por un mar de niebla, ora vinieran las noches de invierno con sus nubes, sus nieves y sus vientos. Era Satanás; porque el diablo se habia empeñado en humillar á Garin, cuya virtud parecia resistir las seducciones de la tierra, como el cedro en las cumbres del Líbano.

Poco tiempo despues de la entrada del espíritu de las tinieblas en la soledad de Mon-

serrat, acertó á venir á cazar en esta montaña el conde Wifredo el Velloso, el insigne fundador de la catedral de Barcelona y de otros edificios religiosos. Acompañaba al conde su hija Riquilda, tan jóven como hermosa, seguidos ambos de gran acostamiento de escuderos, pages y diestros cazadores.

Garin, que se hallaba tranquilo en su oscura y apartada cueva, quedó atónito al escuchar de súbito los ecos de voces humanas, relinchos de caballos y ladridos de perros.

Suspendió por un momento el curso de su existencia, y tal como estaba salió fuera de la cueva y se encontró con el poderoso conde y su comitiva. El soberano le saludó con profundo respeto, y despues de celebrar aquella vida tan santa, acabó por rogarle que admitiese bajo su salvaguardia á su tierna hija, á fin de educarla en la práctica de las virtudes. Garin, sorprendido doblemente por aquel encuentro y el objeto de la visita, meditó, dudó y acabó por escusarse. El conde insistió entonces con mas ahinco, y el anacoreta, no pudiendo ó no sabiendo ya resistir á unas súplicas, que él escuchaba como órdenes de su soberano, cedió al fin. Riquilda quedó confiada á la virtud y á la soledad: Wifredo se retiró satisfecho con los suyos á Monistrol para esperar el plazo señalado, corto en verdad, pero que parecia suficiente para que la jóven aprendiese el camino de la perfeccion. Satanás sonreía desde su altura; su sonrisa fue contestada en los antros infernales por una horrible carcajada.

Satanás iba á triunfar. Garin sintió, aunque tarde, que la mirada pura, inocente, infantil y cariñosa de aquella jóven perturbaba poco á poco la quietud de su espíritu: interrumpia con frecuencia sus oraciones y sus rezos, y á cada momento sus oídos creían escuchar la voz dulcísima de la niña, y sus ojos veían ya entre la cruz y su persona un rostro angelical y una sonrisa que hacia delirar. El anacoreta se sentia desfallecer: al paso que la soledad de la penitencia se iba disipando y perdiendo, como un recuerdo, aparecia mas bella la soledad, porque se abrasaba de amor. Ver á una beldad á cada momento, en el mas profundo aislamiento, contemplar su mirada y escuchar su voz; verla dormida, verla triscando en pos de las mariposas de los valles, teniendo corazon.... ¡ah! era demasiado. Satanás triunfó. En vano Garin, huyendo de los turbillones de pensamientos, que la compañía de Riquilda habia levantado en su mente, acudia presuroso á consultar á su único compañero: todo era en vano; el diablo le echaba en cara la debilidad de su deferencia con el conde, exhortándole á que una vez principiada la educacion, debia terminarla.

Garin, luchando un día y otro, hora por hora y minuto por minuto, olvidado de Dios, de sus votos, de su deber y de la confianza depositada en su virtud, agotó las últimas fuerzas de resistencia, se lanzó en la region de las tinieblas que el pecado levanta al rededor del corazon y de la mente, y sucumbió.

Una carcajada del espíritu maligno anunció á aquellas soledades la caída del gran penitente.

Garin, aterrado por la enormidad del pecado, abandonó la cueva, y voló en busca de su maléfico compañero. Timido, lloroso, afligido, casi desesperado, le refirió lo que acababa de suceder.

—Hermano, le dijo, soy un criminal, un monstruo, aconséjame por el amor de Dios. ¿Qué haré? ¿Me quitaré la vida, precipitándome en el fondo de uno de esos abismos? Huyo de mí: aconséjame.

—No; le contestó Satanás: ¿ignoras acaso que el suicidio es el crimen de los crímenes? ¿es la última desesperacion del delito en su horrible embriaguez? Escucha, Garin: el verdadero crimen es el escándalo: y entregándole un cuchillo, añadió: abre una fosa pro-

funda; y cuando el sol de mañana dore las cumbres de esta montaña, ha de estar ya sepultada la joven deshonrada por tí....

—¡Hermano! exclamó Garin.

—Todos creerán que llevada de la ligereza de sus pocos años ha caído en una sima. Así queda reparado el escándalo.

Garin no replicó; apoderóse del cuchillo fatal y corrió al sitio de su gran catástrofe. Pocas horas le bastaron para cavar el hoyo, degollar á la joven y dejarla depositada bajo una capa espesa de tierra y piedras. Esta sepultura la abrió Garin al pie de un árbol secular en el mismo sitio, donde hoy se levanta el monasterio. Satanás se lanzó á los abismos para anunciar su triunfo al ejército impuro de los ángeles rebeldes.

Cuando Garin, pasadas las primeras horas de la fatiga del cuerpo, comenzó á conocer toda la estension de sus crímenes, se sintió profundamente horrorizado, y observó con terror la aparición del sol, como si su luz viniera á poner en descubierto todo el fango en que se hallaba hundido. Acosado por su conciencia, huyó precipitadamente de la montaña, cuya soledad le era entonces espantosa, y tomó el camino de Roma.

Después de muchas semanas llegó por fin á los pies del sucesor de Pedro, y postrado de hinojos, vertiendo abundoso llanto, y mostrando en todo el mas completo arrepentimiento, confesó al Santo Padre todo su crimen, implorando misericordia. El Pontífice, lleno de caridad, y de justa severidad á la vez, le impuso la penitencia de volver á su montaña, donde debería andar arrastrando, comer yerbas y guardar eterno silencio, hasta que por permission de Dios, un niño de pocos meses le anunciara, que Dios le había perdonado.

Garin cumplió, como debía, la impuesta penitencia, y vuelto á la montaña, se alimentó con yerbas, no volvió á hablar, y poco á poco, rotos los vestidos, tostado por el sol y desfigurada su piel por las lluvias, las nieves y los rocíos, se cubrió de un vello espeso, que, unido á su larga barba y cabellera, ambas hirsutas y á la longitud de las uñas de pies y manos, le daban el aspecto de un animal extraño y salvaje.

En este estado le encontraron unos cazadores del conde Wifredo, que se apoderaron de él, lo condujeron á Barcelona y encerraronle en un subterráneo del palacio condal de la Riera de San Juan, llamado el Palau de Valldaura, donde le enseñaban al pueblo, como una curiosidad extraña.

Cierta día en que el conde soberano celebraba espléndidamente el natalicio de un hijo suyo, ocurrió á algunos palaciegos el pensamiento de hacer conducir al salón del festín al pretendido animal, que se guardaba en los bajos del palacio. Aceptóse con aplauso el pensamiento; y Garin fue conducido á la presencia de aquella corte militar. Colocado en el centro de aquella espléndida asamblea, era el objeto de repetidos comentarios, cuando de repente y en medio del mas religioso silencio, oyeron á un niño de cinco meses, que dijo clara y distintamente estas palabras solemnes: «levántate, Juan Garin, porque Dios te ha perdonado.»

A estas palabras se puso de pie el anacoreta, y arrodillándose á las plantas del monarca confesó de nuevo todo su crimen, la penitencia que había sufrido, y el prodigio que el Santo Padre le había anunciado.

Pasmado el conde dispuso inmediatamente el viaje á Monserrat, ansioso de encontrar el cadáver de su perdida hija.

Garin les sirvió de guía, y apenas llegados al lugar de la sepultura, se dió principio á la exhumación.

¡Pero cuál fue la sorpresa de los circunstantes al encontrar, después de tanto tiempo, hermosa, viva y radiante á la joven Riquilda!

¡Solo conservaba su garganta una graciosa línea ensangrentada, como para indicar el punto de la herida mortal! Garin, postrado, dió gracias á Dios, por su infinita misericordia; y el conde maravillado y reconocido á la bondad suprema del Señor, mandó levantar en aquel sitio un templo digno de la magestad de Dios, consagrado á la Santísima Virgen.

Un caballero de la corte, solicitó entonces la mano de la joven; pero ésta, adorando los arcanos que se habían obrado en su favor, pidió y obtuvo del conde, su padre, el permiso de consagrarse al servicio de María. Wifredo mandó con este objeto trasladar al monasterio de Monserrat las religiosas benitas, que habitaban en el de San Pedro de las Puellas de Barcelona, siendo su primera abadesa la misma Riquilda.

Juan Garin, después de haber trabajado en las obras del nuevo cenobio, se retiró á las asperezas de la montaña, donde acabó sus días, tan penitente, como lo había sido antes de su estrepitosa caída.

No hay un solo viagero, á quien no se le enseñen de lejos, cuando menos, la cueva de Fr. Juan Garin y la cueva del diablo.

Aquí terminan las tradiciones, que se refieren á la primera fundación del Santuario, que por espacio de ochenta años fue servido por religiosas, hasta que el conde Borrell dispuso en 976, que las religiosas dejarán su morada, temeroso de una invasión del ejército árabe que amenazaba á Cataluña, sustituyéndolas con monges, enviados del monasterio de Benedictinos de Santa María de Ripoll, sujetos, empero, al abad de esta casa.

VICENTE BOIX.

ESTUDIOS sobre la literatura portuguesa.

Os Lusíadas.

I.

A minha, ja estimada e leda musa
Fico, que em todo o mundo de vos cante
De sorte que Alexandro em vos se veja,
Sem a dita de Achilles ter enveja.

(Camoens.)

Después de habernos ocupado en general de la literatura portuguesa, haciendo notar lo poco conocida que es entre nosotros á pesar de su importancia, que procuramos demostrar (1), hemos dedicado algunos artículos (2) al *príncipe de los poetas españoles*, Luis de Camoens; y siguiendo el plan trazado, nos toca estudiar su gran poema *Os Lusíadas*, legítima gloria de Portugal, de nuestra península y hasta de nuestra raza ibérica.

Séanos antes permitido considerar en abstracto el poema épico, como la idea dominante de una época y de un pueblo, encarnada en una fábula de origen mas ó menos tradicional ó histórico, pero siempre heroico, y desarrollada en la forma mas acorde con la cultura del pueblo y el gusto de la época.

Bajo este punto de vista estudiaremos, pues, la idea, la fábula y la forma de *Os Lusíadas*.

Nada importa que la idea culminante de un poema esté simbolizada en un personaje ó en una empresa, pero sí es esencial que sintetice las aspiraciones, que reasuma la manera de ser y de pensar, que refleje la imaginación y las creencias de su época y de su pueblo.

A decir verdad, todo poema tiene su empresa y su héroe, pero es lo cierto que cuando

no son de igual importancia, queda eclipsado uno de estos objetos por el de mayor grandeza, que entonces aparece como único. Ulises es mas grande que sus viajes; Aquiles es superior á su porfía; Eneas es mas heroico que su guerra; y Orlando es mas caballeresco que cada una de sus aventuras: por el contrario, las cruzadas son mas gloriosas que cada uno de sus caudillos; y de aquí que la toma de Jerusalen aparezca mas brillante que el mismo Godofredo; el infierno es la mas sublime creación del Dante; y el Paraíso es la mas bella concepción de Milton. Solo en el poema de Camoens están á igual altura la empresa y su héroe, porque el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza representa todas las empresas de navegación y conquistas de aquella época, y Vasco de Gama refleja á los Almeidas y Albuquerque, Hernán-Cortés y Pizarros.

Por lo demás, la empresa gigantesca de descubrir el cabo de Buena Esperanza es superior, segun el dicho del abate Andrés, á las escursiones de Ulises, á la disputa de Aquiles y á la pequeña guerra de Eneas, y representa en toda su grandeza el pensamiento supremo de la raza ibérica, como todos los grandes poemas representan el de sus razas, desde la *Iliada* del antiguo mundo clásico, hasta los *Nibelungen* de la ruda edad moderna.

El verdadero pensamiento de la *Iliada*, no es precisamente la guerra entre Agamenon y Aquiles; no es tampoco la expedición de los griegos contra el Asia menor, argumento principal de la *Iliada* segun el Sr. Hermosilla: es el pensamiento guerrero y colonizador de la Grecia, espresado en aquel hecho histórico en el fondo, aunque exornado con leyendas fabulosas acaecidas en el siglo XIII antes de la era cristiana; hecho tan significativo, bajo este punto de vista, como la fundación del imperio romano, las guerras púnicas, la guerra civil de César y Pompeyo, las cruzadas y el establecimiento de los portugueses en la India.

Los héroes de Homero y de Virgilio personifican á Grecia y Roma; Dante, en la visita á su infierno, formado con todas las preocupaciones y temores de su época, refleja el estado de la Italia en aquel caos de religiosidad y de odios, de libertades y de tiranías, de esperanzas y remordimientos; Tasso, en la empresa de las Cruzadas, compendia el pensamiento político y religioso, elaborado á la sombra de la iglesia en la edad media, y la guerrera comunidad católica de su siglo; Milton, en el místico asunto del primer pecado del hombre y la lucha de los principios del bien y del mal, reproduce las guerras religiosas de Inglaterra, empeñada en metafísicas cuestiones que hubieron de arrojarle del seno del catolicismo como á Adán del perdido paraíso; Kospstok espone original y austeramente la redención del Mesías, interesante á todo el cristianismo; Camoens, en fin, traduce épica la idea de navegación por desconocidos mares, que retrata el espíritu de descubrimientos y conquistas, comun á los españoles y portugueses de su tiempo; y unos y otros se representan fielmente en sus compatriotas los lusitanos, como éstos se individualizan en su héroe Vasco de Gama, cuya figura se confunde en la gloriosa pléyada de navegantes y conquistadores, con las de Pizarro y Hernán-Cortés, de Colon y Américo Vespucio.

La idea, pues, que inspiró é inmortalizó el poema de Camoens es la idea de la raza ibérica, del pueblo ó de los pueblos, ya unidos bajo un mismo cetro, ó ya separados por una línea sobre el mapa político, encerrados materialmente en nuestra Península, en su siglo de comunes tendencias aventureras y caballerescas, y de iguales creencias religiosas, políticas, morales, científicas y literarias.

El poema de Camoens, gloria de los portugueses, es tambien bajo tal concepto nuestro poema, y de ello debemos enorgullecernos los españoles. Si en vez de haberlo titulado

(1) Números 4, 8 y 11 del tomo I, época 1.ª de este periódico.

(2) Números 19, 26 y 36 del tomo I, época 1.ª de este periódico.

Camoens con el nombre de sus queridos lusitanos, hubiese puesto sobre la portada de su poema el título *Os IBEROS*, no por eso hubiera influido en su esencia de nuestra epopeya nacional, como tampoco hubiera dejado de corresponder aquel título al pensamiento capital de la grande obra que es el único poema épico de los pueblos de nuestra Península.

A pesar de que, según dice un joven escritor (1), animado de cierta tendencia política, no debieran formar sino un solo pueblo los dos en que está dividida nuestra Península, pues solamente un olvidado riachuelo separa la patria de Viriato de la patria de Hernán Cortés, habiendo menos diferencia entre la lengua, el carácter y costumbres de los portugueses y castellanos, que entre la lengua, el carácter y las costumbres de las provincias españolas; sin embargo de todo ello, convenimos con el reputado escritor señor Valera (2), en que el poema de Camoens sería el mayor obstáculo á la union futura de ambas naciones, si aquel no fuese tan español como Lope de Vega y como Cervantes, si no le llamasen sus compatriotas mismos *Príncipe de los poetas españoles*, y sobre todo si el espíritu de su poema no fuese tan ibérico por ser tan lusitano.

El supremo período de la historia portuguesa que inspiró á Camoens su poema, es el período supremo de la historia de España, el período de navegaciones y descubrimientos que abraza el último tercio del siglo XV y la primera mitad del siglo XVI, común á la península ibérica, señalando á la cual pudo esclamar el poeta:

«Esta he a ditosa patria mia amada»

Vemos, pues, que la idea culminante del de *Os Lusiadas*, simbolizada tanto en la

figura de Vasco de Gama, una de tantas entre las gloriosas figuras de descubridores y navegantes, y basada en una empresa de navegacion y de aventuras, tan colosal como todas las de los españoles y portugueses de aquella época, lejos de sernos antitética, es la síntesis de nuestras comunes glorias, como la *Iliada* y la *Odisea*, de los pueblos de la Grecia; como la *Eneida*, de las regiones latinas; como la *Divina comedia*, de todos los estados italianos de su época, como la *Geru-*

sea tosca y rudamente como el poema del *Cid*, los *Nibelungen* y las *Canciones de Gesta*.

Nada diremos de los poemas de artificio, que no beben su inspiracion en ninguna idea nacional ó de raza, sino, ó bien en la caprichosa invencion, como sucede en la *Batracomiomaquia*, (atribuida á Homero), la *Gatomomaquia* (de Lope de Vega), la *Mosquea* (del capitán Virués), ó *Los animales Parlantes* (de Casti); ó bien en la erudita imitacion del estudio clásico, como las *Lágrimas de Angélica* (de Don Luis Barahona de Soto), *La Invencion de la Cruz* (de Francisco Lopez de Zárate), *La Jerusalem conquistada* (de Lope de Vega), y tantos otros poemas incoloros.

Estas obras no tienen patria. O pertenecen por su índole á todo el mundo literario, ó por su insignificancia no se las disputa ningún pueblo.

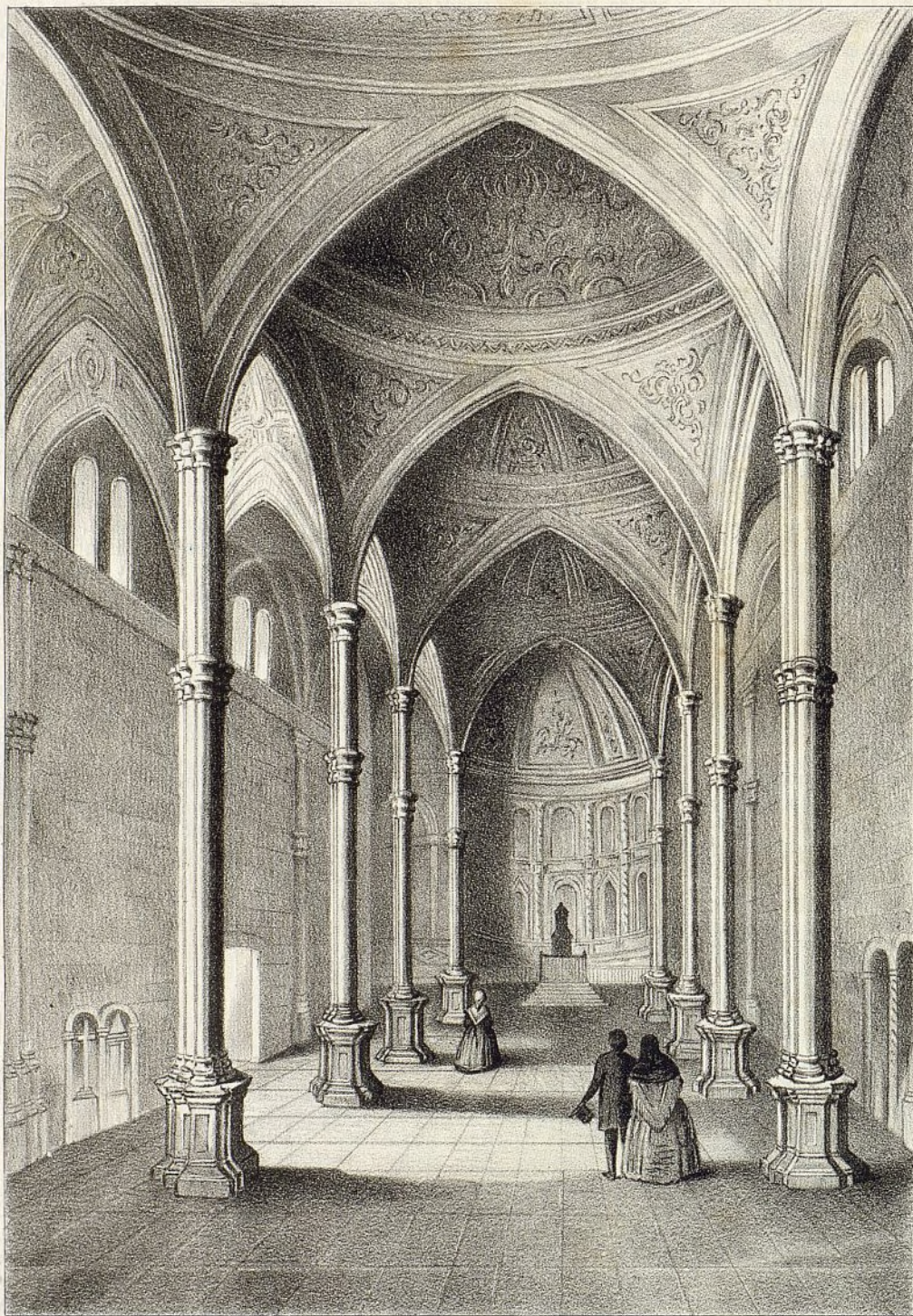
Lo contrario totalmente sucede con *Os Lusiadas*.

Sobre todos los poemas de nuestras regiones, incluso los libros de Ariosto y de Cervantes, de Taso y de Valbuena, de Voltaire y de los romanceros, dice el citado señor Valera, descuellan el libro de Camoens, donde se contiene la vida, el espíritu, el corazón, las tradiciones, la gloria y las esperanzas de un pueblo entero.

Pero nosotros creemos mas, creemos que esa vida, ese espíritu, ese corazón, esas tradiciones, esa gloria y esas esperanzas, son la vida, el espíritu, el corazón, las tradiciones, la gloria y las esperanzas del pueblo ibero.

RAFAEL FERRER
Y BIGNÉ.

(MEDINA DE RIOSECO.)



Lit. V. ALEGRE

Cabedo lit.^o

TEMPLO DEL APOSTOL SANTIAGO.

salemme liberata, del catolicismo entero, en las Cruzadas; como *The lost paradise*, de las islas británicas interesadas en sus disensiones religiosas; como la *Mesiada* y las *Cristiadas*, de todo el mundo cristiano; y como toda epopeya, de los pueblos, de la raza ó de la religion á cuyo pensamiento responde, siquiera

TEMPLO DEL APÓSTOL SANTIAGO.

Medina de Rioseco, situada en la provincia de Valladolid á 7 leguas de la capital y 8 de Palencia, encierra monumentos notables,

(1) D. Carlos Rubio.—Teoría del progreso.

(2) Estudios críticos sobre la literatura.

entre los que descuella el soberbio y magnífico templo del Apóstol Santiago, de orden toscano en lo general, con tres portadas: una al S. formando dos cuerpos, el primero corintio y el segundo compuesto; descuella en el intercolumnio de éste una estatua de piedra que representa al Santo Titular; á su izquierda se eleva la torre, cuadrada, de 140 pies de altura, con ocho hermosos arcos romanos entre los que hay 7 campanas; otra fachada al SE., de gusto plateresco, con varios adornos de esta clase, un targeton de medio relieve, cuatro estatuas representando los Evangelistas y una Imagen del Padre Eterno en el centro del frontispicio; y últimamente otra fachada al N. O. formando arco con lindos follages y dos conos de filigrana; pero lo que mas admira en el exterior de este edificio, son tres cubos colocados á su espalda, tan delicadamente trabajados, de tal hermosura y elevacion, que parece haberse escedido el arte á sí mismo: consta la iglesia en el interior, de tres naves formadas por veinte columnas, cerrando las dos últimas inferiores con el arco del coro, notable entre los inteligentes, por su estension y poco punto; se cuentan quince altares, adornados de brillantes pinturas y estatuas; tiene además en su hermosa sacristia varias preciosidades del mismo género, de las cuales merecen citarse dos magníficas colecciones de cuadros: los ornamentos y ropas destinadas al culto, son buenas y decentes, contándose con muy pocas alhajas y vasos sagrados, por haberse perdido en 1808 cuando la invasion francesa y en un robo acaecido posteriormente: para llevar el Viático á los enfermos, hay una preciosa silla de manos, delicadamente trabajada. Con este sencillo relato creemos dar á nuestros lectores una sucinta idea del magnífico templo del Apóstol Santiago y de las preciosidades que encierra.

MR. AUBER.

Mr. Auber nació en Caen y dió al público la primera muestra de sus conocimientos musicales en 1813, con una ópera en un acto, cuyo libreto era de Bouilly. Su éxito fue desgraciado y no volvió á reaparecer su nombre en el teatro de la Ópera-Cómica, hasta 1819 en que puso en escena *Le Testament*, ópera en un acto que no fue mejor acogida por el público. Al año siguiente *La Bergère châteline*, en tres actos, abrió la larga série de éxitos que no se ha interrumpido desde entonces, dando á la escena sucesivamente *Emma*, *Leicester*, *La Neige*, *Le Concert á la cour*, *Léocadie*, *Le Maçon*, *Les Deux Nuits*, *Fiorella*, y llegando á ser uno de los primeros compositores de Francia.

En 1828 hizo su entrada en la ópera francesa haciendo representar *La Muelle de Portici*, cuyo duo *Amour sacré de la patrie*, acogido



M. AUBER.

como una segunda *Marsellesa*, fue cantado por Nourrit en el gran teatro de Bruselas y dió la señal á la revolucion belga en Agosto de 1830. La ópera debe tambien á Mr. Auber: *Le Dieu et la Bayadere*, en dos actos; *Le Philtre* y *Le Serment*, en tres; *Gustave III*, *Le lac des fées*, y *L'Enfant prodigue*, en cinco, y *Yerline*, en tres. Pero el verdadero teatro de su gloria ha sido la ópera cómica; aquí encontramos todas estas bellas producciones: *La Fiancée*, *Fra Diavolo*, *Lestocq*, *Le Cheval de bronze*, *Acteon*, *Les Chaperons blancs*, *L'Ambassadrice*, *Les diamants de la Couronne*, *La Part du diable*, *La Sirène*, *Haydée*, etc. Mr. Auber es hoy el mas popular de los compositores franceses; su música es fácil y siempre graciosa, elegante y con frecuencia original.

Mr. Auber fue elegido miembro del Instituto en 1829; en 1830 fue nombrado por el rey Luis Felipe director de los conciertos de la corte y en la actualidad es director de la música de la capilla imperial. En 1842 sucedió á Cherubini como director del conservatorio de música.

El retrato de Mr. Auber, que publicamos en este número, está tomado de una fotografía.

MI PORTERO.

Vosotros no conocéis á mi portero, lectores míos, que si le conocierais, de seguro me tendríais lástima.

Habéis de saber, que soy un desdichado, —¿quién no puede decir otro tanto en este pícaro mundo?— y para colmo de desventuras, me ha dado Dios un portero. ¡Pero qué portero!

Todos, mas ó menos, conoceréis esta especie de animales, que de fijo no entró en el número de los que el Criador puso al lado de Adán; por lo tanto, os hago merced de su descripción y clasificación, porque tengais algo que agradecerme.

Pero vamos á mi portería.

Yo soy hombre que hago una vida arreglada, —ya se murió mi abuela, —sin embargo, suelo recogerme tarde, y me veo completamente entregado en manos del cancerbero de mi casa.

Es este un asturiano robusto y fornido, con su enorme patilla corrida y su gesto eternamente severo y avinagrado: tiene muger, hijos, sobrinos, tíos, hermanos y amigos, que convierten en bodega la portería á la hora de llenar la bartola, y que constantemente ocupan el chirivital jugando á la brisca, haciendo cábalas para la lotería y murmurando á su placer de los vecinos que los mantienen.

En los tiempos primitivos, esto es, cuando yo era inquilino nuevo, el portero se deshacía en saludos y cortesías cada vez que me veía salir ó entrar; entonces era el hombre mas servicial y obsequioso del mundo, el mas cortés y el menos

portero. Se le podía encomendar cualquier cosa; si recibía algunos papeles ó carta para mí, no aguardaba á verme pasar por delante de su agujero, sino que subía á mi cuarto y los entregaba religiosamente con el recado que le daban.

En fin, mi portero era un portero modelo.

Tiene la obligación de abrir la puerta á cualquier hora de la noche que llamen; y dábame lástima de tener que despertarlo á la una ó una y media, que era cuando yo venía á casa la mayor parte de las noches. Abría la puerta refunfuñando, como podenco á quien interrumpen en medio de sus mas dulces ensueños; pero á pesar de sus gruñidos no me hacía esperar ni dos minutos en la calle, y le creí merecedor de una propina.

Una noche en que me recogí algo mas tarde que de costumbre, le puse en la mano un Carlos X, y mirando con tanto ojo, me preguntó:

—¿Y para qué es esto, señorito?

—Para beber.

—Muchas gracias.

A la noche siguiente me tuvo á la puerta un cuarto de hora.

A la segunda noche se contentó con hacerme esperar veinte minutos.

A la tercera estuvo muy complaciente; me hizo llamar diez y siete veces y abrió media hora despues del último repique.

¡Vea V. los resultados de la generosidad!

Pocas noches despues, tuve que dar un paseito por esas calles de Dios, porque mi portero se había dormido. Era en Diciembre y entré en mi casa á las cuatro y media de la mañana.

¡Tenga V. portero y déle V. propinas!

Y no paró aquí el agradecimiento de este maldito de cocer.

Dejó un amigo mio en la portería algunos libros que yo le había prestado para leer, y desaparecieron sin saber por dónde. Y lo mas grave del caso fue que con ellos volaron sin tener alas dos tomos que él me regala-

laba. De modo, que gracias á mi portero, tengo que agradecer lo que no he recibido.

No hace muchos días que me dirigieron una carta por el correo interior dándome una cita; no vayais á creer que era de una dama, ya he dicho que soy hombre muy arreglado en mi conducta; el sobre, escrito de prisa y no con buena letra, decía:

«Sr. D. Fulano.—Calle de tal.—Núm. 14.»

El cuatro mal hecho parecía un uno; el cartero confió la esquila á mi constante atormentador, y este la llevó al número 11, sabiendo que en toda la calle no vivía ninguna otra persona que llevase mi nombre, ni otro parecido.

Cuatro días después recibí la carta abierta y sucia, y cuando acudí á la cita ya eran dichas.

¡Bien haya mi portero!

Pero como en este mundo todo tiene su compensación, á vuelta de las malas jugadas de mi portero, no deja de traerme algunas ventajas su empeño en hacerme daño.

Sabido es que por ahorrarse las escaleras, preguntan muchos al portero si está en casa la persona á quien buscan. El mío tiene una misma contestación para todos los que preguntan por mí: «Ha salido.»—Gracias á esta fórmula me veo libre muchas veces de los importunos que vienen á pasar conmigo las horas, atraídos por el humo de mis cigarros, el olor del café y mis libros, que siempre están á la disposición de mis amigos.

A pesar de todo, lectores míos, no os deseo un portero como este mi enemigo. Si le teneis, no le deis propinas que os pongan mal con él, y si no lo teneis no apetezcáis la dicha de tener portero.

JUSTO DEL BARRIO.

Madrid.

ENSAYO CRÍTICO

sobre las negaciones racionalistas.

INTRODUCCION.

(Conclusion.)

XI.

Cuando los desvarios llegan á este grado se combaten esponiéndolos. Pasemos por la dudosa exactitud del ejemplo material aplicado á los hechos morales y admiremos la profunda sabiduría del racionalismo que ha llegado á descubrir que la catalepsia era el estado normal de todos los seres humanos durante la Edad media. Descubrimiento verdaderamente notable que obligara á rehacer toda la historia de diez siglos, puesto que solo se han de considerar como pobres y desgraciados enfermos, paralíticos del espíritu, á los que en épocas de ignorancia se habían llamado valerosísimos guerreros, grandes y poderosos monarcas, sabios estadistas y prudentes legisladores.

Las hazañas de Bayardo y Godofredo de Bullon, del Cid Rui Diaz de Vivar y de Ricardo Corazon de Leon; los altos hechos de Alfredo de Inglaterra, Carlo Magno y Alonso X de Castilla; los prudentes consejos dados á los Pontífices y á los príncipes por San Bernardo y San Vicente Ferrer; las doctas enseñanzas de los jurisconsultos Azzon y Harmenópulo; las luminosísimas deliberaciones de los concilios católicos; todo lo heroico, todo lo grande que ha realizado la Edad media solo reconoce por origen el degradante terror de las eternas penas del infierno, según han probado ingeniosamente los racionalistas Mr. Michelet en su libro *La Sorciere* y Mr. Milsand en su admirable juicio crítico.

XII.

En esta lucha gigantesca que hoy con-turba los pueblos europeos entre la afirmación católica y la negación racionalista, Alemania, la grave y pensadora Alemania, separada de la fe por la reforma luterana, en vano busca la primera verdad en que debe apoyarse la construcción científica, y en menos de un siglo ha pasado del idealismo subjetivo de Fichte al idealismo naturalista de Schelling, no sin atender algún tanto las fantasías sentimentales de Jacobi, y continuando el desenvolvimiento racionalista de su elaboración científica, sin parar mientes en el realismo empírico de Herbart, se abismó en la contemplación del sistematizado nihilismo de las teorías de Hegel, que muy luego han sido sustituidas por el voluntarismo del misantrópico Schopenhauer.

Gioberti decía «que la piedad era congénita al espíritu germánico;» sin embargo, como la última palabra de la ciencia, después de tan altas abstracciones filosóficas, la Alemania escucha hoy las estraviadas enseñanzas del viejo materialismo enciclopedista, y Mr. Moleschott, en su *Curso circular de la vida* y el doctor Büchner en su libro titulado *Materia y fuerza*, esponen teorías dignas de ocupar un puesto al lado de las del *Sistema de la naturaleza* del baron de Holbach y de las del *Hombre planta* del médico Lamettrix.

XIII.

Inglaterra, mas atenta á los negocios de la vida práctica que á las altas investigaciones de la metafísica, presenta, no obstante, tres escritores racionalistas muy dignos de atención. El idealista Carlyle, al cual llama Mr. Taine, el último de los metafísicos ingleses; el empírico J. Stuart Mill, y sobre todo M. Herbert Spencer cuya teoría de lo incognoscible marca una notabilísima evolución de la escuela positiva.

Francia, popularizadora de todas las ideas, eco de todas las doctrinas, enseña el escepticismo en la escuela crítica de Mr. Renan y Mr. Schérer; el idealismo en la escuela hegeliana de Mr. Vacherot y Mr. Dollfus; el materialismo en la escuela positiva de Augusto Comte y Mr. Littré, y un eclecticismo infundido en los libros de Mr. Cousin y de sus discípulos Mr. Bersot, Mr. Simon y el malogrado Emilio Saisset.

Tal es el cuadro compendiado que hoy presenta el racionalismo contemporáneo en las tres naciones donde cuenta mayor número de sectarios.

XIV.

La católica Italia y la católica España tienen señalado un puesto en la gran contienda religioso-filosófica, de cuyo final resultado depende el porvenir de la civilización europea y quizá de la civilización del mundo.

El inmortal Antonio Rosmini en Italia y el ilustre Balmes en España, han indicado cuál es la honrosa tarea que están llamados á cumplir los pensadores italianos y españoles del siglo XIX; probar el acuerdo de la verdad revelada y de la verdad racional, según los procedimientos ontológicos de la filosofía novísima, á semejanza de los doctores católicos de la Edad Media, que probaron dicho acuerdo, según los métodos puramente lógicos de las enseñanzas escolásticas.

XV.

Nada mas conforme á la tradición científica de la península ibérica que la defensa de la fe y de la razón unificadas en un espiritualismo supernaturalista.

La historia registra en páginas de oro las glorias científicas de España y Portugal, hasta estos últimos tiempos mal apreciadas de propios y desconocidas de los extraños. Español era el gran filósofo estóico Lucio Anneo

Séneca, y según Tertuliano, que cuando le cita dice Séneca *sæpe nostrum*, y San Gerónimo que dice terminantemente *Seneca nostrum* fue cristiano, y aun afirman algunos autores que tuvo una larga correspondencia con San Pablo sobre materias de religión y de filosofía.

En el siglo IV aparece la gran figura del obispo de Córdoba Osio, insigne teólogo y filósofo que presidió como legado del Papa Silvestre el primer concilio de Nicén.

La Iberia goda presenta á Paulo Orosio nacido en Braga á fines del siglo IV, el cual escribió una notabilísima historia universal ampliando algunas de las ideas espuestas por su maestro San Agustín en su célebre obra *La ciudad de Dios*; á los eminentes psicólogos Liciniano y San Julian de Toledo; al moralista Martín Dumiense, y sobre todo al sabio San Isidoro de Sevilla, cuya ciencia enciclopédica puede considerarse como el verdadero fundamento de la filosofía escolástica.

Aun en medio del fragor de los combates de la guerra de la reconquista, brilla el rabino Maimónides, cuya *Guía de los extraviados* es considerada por Mr. Saisset, como el anuncio y preparación de la *Suma teológica*, y nosotros vemos en este libro una protesta contra el espíritu estrecho del pueblo judío, un paso hacia la filosofía creyente de los pueblos cristianos; el árabe Averroes, cuya filosofía si no se puede acordar en el catolicismo, está aun mas separada de la religión Mahometana; el sintético Raimundo Lulio, cuyo exagerado realismo descubrió en el siglo XIII algunas ideas que hoy se creen patrimonio exclusivo de la ciencia germánica.

Llega el renacimiento, y el valenciano Luis Vives se adelanta á Bacon en indicar la necesidad del cambio de los métodos de enseñanza; el médico portugués Francisco Suarez funda un escepticismo racionalista, mitigado por la fe religiosa; Gomez Pereyra repite el *cogito ergo sum* de San Agustín, antes de que lo hiciese Descartes; Fox Morcillo presenta las bases de un verdadero eclecticismo, tratando de acordar las doctrinas platónicas y aristotélicas; por último, el jesuita granadino Francisco Suarez comenta las obras del Angel de las escuelas, con tino muy superior á todos los que anterior y posteriormente han desempeñado la misma tarea.

Y en la filosofía moderna el P. Losada, el último por el tiempo, que no por el mérito, de los escolásticos españoles, el sabio jesuita Herbas, el enciclopédico fray Benito Jerónimo Feijoo y el erudito Almeida, que pudiera llamarse el Feijoo portugués, son nombres cuya gloria científica brillará en todos los siglos al par de los mas claros ingenios que ha visto el linaje humano.

XVI.

La ligera reseña histórica que acabamos de hacer, prueba que la ciencia ibérica ha sido siempre creyente sin negar la razón, y al propio tiempo razonadora sin negar la fe.

Tan gloriosa tradición científica encontrará un eco, siquiera débil y amortiguado, en las páginas de este libro, donde pretendemos oponer las enseñanzas de la verdad eterna, contra las desacordes negaciones de las escuelas racionalistas.

Dos medios se nos presentaban de realzar este propósito; era el uno probar que en religión el catolicismo es la única verdad que conoce el linaje humano; que en filosofía el espiritualismo supernaturalista es la única doctrina que resuelve todos los problemas racionales; y que en economía social la armonía de la autoridad y de la libertad es la única política que puede salvar los pueblos; era el otro, hacer un trabajo puramente crítico, demostrando que esas fastuosas teorías que llevan el nombre de hegelianismo y positivismo, criticismo científico y universal eclecticismo, esos mil matices en que se divide el

racionalismo contemporáneo, son la reproducción de todos los viejos errores de los sofistas griegos y de los enciclopedistas del siglo XVIII, del escepticismo pirrónico y de la amalgama filosófica de la escuela neo-platónica.

XVII.

Habiendo sido objeto la apología del espiritualismo creyente de las obras inmortales de Francisco Baader, Federico Schlegel, Doellinger, el cardenal Wissemann, Augusto Nicolás, monseñor Maret, el padre Felix, Rosmini, Ventura de Ráulica, Balmes y otros muchos ilustres pensadores, fuera grave desacierto escribir un página emborronada sobre un asunto que ha producido tantas y tan brillantes inspiraciones. Al propio tiempo, la crítica es mas fácil que la apología y por consecuencia está mas al alcance de nuestras débiles fuerzas, y mayormente, siendo tan de bulto los errores racionalistas que muchas veces se combaten por sí mismos.

Un libro de controversia es ocasionado á lamentables extravíos. Sin embargo, nosotros procuraremos seguir una regla que, como dice el P. Gratry, casi no se puede enunciar de puro vulgar: «respeto y caridad para las personas, justicia y verdad para las doctrinas.»

No aspiramos á dogmatizar como maestros, que fuera delirio de infundadísima soberbia; tratamos solamente, como oscuros y desconocidos obreros, de allegar una piedra al edificio inmenso de la ciencia universal; edificio que en cierto modo contribuyen á levantar todos los escritores de buena voluntad, los que se estravian, enseñando con sus propios yerros el modo de evitarlos, y los que aciertan, alzando con sus doctrinas la escala simbólica de Jacob, apoyada por un extremo en la tierra y cuyos últimos peldaños llegan á confundirse en el cielo de la verdad absoluta, en las inaccesibles alturas de la perfección infinita.

LUIS VIDART.

LAMENTOS.

¡Siempre tristeza y soledad oscura!
¡Siempre rumor de quejumbroso aliento!
¡El brillo apetece de la ventura
Y la sombra encontrar del sufrimiento!

¡Ay! es tan triste alimentar ardiente
La fe del alma para amar nacida,
Y en torno ver rodar indiferente
¡Cuánto feliz pudiera hacer la vida!

¡Ay! es tan triste, si al vivir, se sueña
Con luz, cantares, ilusión y flores
Y se torna el pensil árida breña,
Las luces sombras, el cantar clamores!

¡Felicidad! ¡felicidad! en vano
Te invoca sin cesar el alma mia:
Oculta moras en el denso arcano,
Que necio el hombre sondear ansia!

¡Horas, pasad! el sol de la ventura
Un tiempo fue que al corazón lucía:
De auras el vuelo celestial dulzura
Dejaba leve sobre el alma mia:

Velados al pensar los padeceres,
Ocultos en los pliegues de mis sueños,
Horas fuisteis de hechizos y placeres
Do paraíso imaginé risueño:

Vi, fascinada, la existencia mia
Vergel florido de esperanza bella,
Hermoso cielo, do sin fin lucía
De purísimo amor fúlgida estrella:

Soné con ese amor casto y profundo,
Que nos anega en celestial ventura;
Divino edén hallado en este mundo,
Antorcha perenal del alma pura:

Y un día en el dintel de esa existencia
Ornada de placer y fantasía
«¡Sigue!» dijo una voz; y en la creencia
Seguí de hallar cuanto soñado habia....

¡Ay! de la idea la fatiga loca
¡Vana, sí, vana fue!... raudas volando,
De realidad en solitaria roca
Me visteis, horas, que pasé llorando!

¡Por qué del alma la existencia mira
Surgir de paz el indomable anhelo,
Si es humo leve que al acaso gira?
¿Si es tan lejano de la tierra el cielo?

¡Pasad, horas, pasad! vuestros despojos
Doliente lleva en su camino el alma:
En Dios ven gloria del pensar los ojos:
¡Ay! ¡dadme, cielos, vuestra hermosa calma!

Que de la idea la fatiga loca
¡Vana, sí, vana fue!... raudas volando,
De amargo luto en solitaria roca
¡Las horas ven al corazón llorando!

ISABEL POGGI.

LA CARIDAD.

—Una delicada flor
Mustia estaba y sin colores,
Y sus hermanas las flores
La miraban con dolor.

Cerca la muerte veían
De la flor antes galana;
Y en voz baja: ¡pobre hermana,
Pobre hermana! se decían.

La aurora una vez brilló
Y al dar luz al bosque umbrío,
Blancas perlas de rocío
En la flor depositó.

Un suspiro de placer
Ella exhaló estremecida;
Por sus pétalos la vida
De nuevo sintió correr;

Alzó su talle gentil,
Aspiró con ansia el viento,
Y fue de nuevo ornamento
Y delicia del pensil.

Y agradecida á la aurora
Que con su vital esencia
Libró su pobre existencia
De la muerte aterradora,

En dulce aroma envolvió
El rocío fecundante
Que se evaporó, y radiante
A los cielos se elevó.—

Así un niño le decía
A su madre con cariño,
Y su relación el niño
De este modo proseguía:

—Del cielo el rocío bajó
Y de nuevo subió al cielo,
Bajó para dar consuelo
Y como ofrenda subió,

¿Qué ejemplo el mortal encierra
Que pueda brillar así?—
Y la madre dijo:—Sí,
Sí existe sobre la tierra.

Es rocío la caridad
Que Dios desde el cielo envía;
Sin este bien, ¿qué sería
De la débil sociedad?

El pobre necesitado
Por ella recobra aliento,
Por ella el dolor violento
Se mira al fin consolado.

Después con ligero vuelo
El bien que se ha recibido,
En oración convertido
Como aroma sube al cielo.

RAFAEL BLASCO.

FELICIDAD DOMÉSTICA.

(Continuación.)

Aquí llegaban en su conversación las vecinas cuando un viejecito se asomó á la ventana de una casita inmediata á la iglesia y dijo dirigiéndose al hijo de la tendera que continuaba retozando sobre el montón de cal con los otros chicos:

—Pascualillo, ven por la llave de la iglesia y á ver si das un repique de los que tú sabes, que mañana es fiesta.

Pascualillo, loco de contento, fue de un brinco por la llave y un momento después, seguido de otros chicos, subía la altísima y estrecha escalera del campanario.

Campanas y cimbaillos empezaron inmediatamente á voltear atronando el pueblo y los campos circunvecinos.

El director de aquella estrepitosa orquesta era Pascualillo que llevaba la batuta agarrado á la cruz de la campana mayor, con la que daba vueltas con una rapidéz asombrosa, en tanto que su madre reventaba de orgullo contemplando desde la puerta de su casa la habilidad del chico.

De repente un grito de inesplicable espanto se exhala del pecho de Celedonia que esclama:

—¡Santo Cristo del Amparo, socórrele!

Y se lanza como loca hácia el pié de la torre, seguida de la vecina tan espantada como ella.

Era que la campana que volteaba Pascualillo había despedido á éste de la torre abajo.

¿Necesitamos decir mas para hacer comprender el espanto de la desgraciada madre?

La cornisa que circuye la torre por bajo las campanas, tiene la suficiente anchura para que puedan andar por ella algunos atrevidos muchachos; pero es imposible á éstos dar vuelta á toda la torre, porque en el lado de Oriente la cornisa está rota y es imposible sin gravísimo peligro saltar al otro lado.

Quizá Pascualillo hubiera quedado sobre la cornisa á haberle lanzado otra campana; pero precisamente le lanzó la que se halla sobre la rotura de la cornisa y por aquel espantoso boquete descendió de la torre.

Al acercarse al pié de ésta, Celedonia lanza otro grito, pero es un grito de alegría y de esperanza, porque su hijo ha caído precisamente sobre el montón de cal donde hace pocos momentos jugaba con sus compañeros y donde yace tendido boca abajo y sin hacer movimiento alguno.

No sin alguna razón suele decirse que los muchachos tienen siete vidas como los gatos.

Temeroso yo de que el lector creyese inverosímil que Pascualillo no se hubiese hecho doscientos pedazos al caer de la torre de Co-veña, porque muchas veces los hechos históricos son mas inverosímiles que los inventados, consulté á un amigo muy experimentado en la vida y en la literatura y me contó lo siguiente:

«En tiempo de la guerra estaba yo en Santa Cruz de Mudela con el batallón de que era jefe. Un día tuvimos ejercicio en la plaza y se formaron pabellones al pié de la torre de la iglesia, en ocasión en que las campanas repicaban á mas y mejor. Mandé deshacer pabellones y en el momento en que cada cual tomaba su fusil y por consiguiente la plaza estaba erizada de bayonetas, un chico fue despedido por una campana que volteaba, y vino á caer en medio de los soldados. Admirámonos todos de que no hubiese quedado clavado en alguna bayoneta, y cuando yo me precipité hácia él creyéndole estrellado, vi con asombro que se levantó como si hubiera caído á consecuencia de un resbalon, y después de pedirme que no le dijera nada á su madre, que era mi patrona, echó á correr á tomar nuevamente la escalera del campanario, donde le vimos todos dos minutos después girando velozmente agarrado á la misma campana, como si quisiera vengarse de ella por la mala partida que le había querido jugar.»

Pascualillo no fue tan feliz como el chico de Santa Cruz, porque cuando su madre le cojió en sus brazos estaba sin sentido y tenía el rostro bañado en sangre.

—¡Hijo de mis entrañas!... ¡Está reventado!... ¡Santo Cristo del Amparo, ten misericordia de mí y del hijo de mi corazón! ¡grí-

taba Celedonia loca, trastornada, muerta de pena.

Y muchas personas que habian acudido á sus gritos, formaban coro con ella sin osar siquiera infundir á la pobre un vislumbre de esperanza, porque era una insensatéz el esperar que una criatura caída de la torre conservase resto alguno de vida.

Entre la muchedumbre que habia acudido se hallaban Pepe Berrinche y su muger.

Isabel viendo que, aturridos todos, nadie prestaba auxilio á Celedonia ni al niño,

—Por la Virgen Santísima, exclamó, ¿no hay quien favorezca á esa pobre muger y á esa pobre criatura? Traigan Vds. el niño á mi casa, que hay cuanto se necesita para curarle, y tú Pepe, que tienes mas fuerza que ninguno, coje en brazos á la pobre Celedonia y llévala á su casa donde no vea á su hijo, que le desgarrará las entrañas.

En efecto, el niño fue conducido inmediatamente á casa de Pepe Berrinche, á donde se adelantó corriendo Isabel para disponer todo lo necesario á su curacion, caso de que no estuviese ya muerto, en tanto que Pepe conducía en brazos á la tiendecilla á Celedonia que estaba desmayada.

—¿Pero no hay aquí quien despache dos cuartitos de aguardiente? preguntaba muy quemada la tia Gaceta, dando con el báculo en el mostrador.

Y al volverse y ver á Pepe que traía á la buena moza en brazos,

—¿Qué es eso? preguntó á una vecina.

—Qué ha de ser, que se ha matado el chico de la pobre Celedonia.

—No hay mal que por bien no venga, dijo la tia Gaceta señalando con su puntiaguda barbilla hácia Pepe, y añadió dirigiéndose á éste con una malévola sonrisa:

—Aprieta, aprieta, hijo, que de esas entran pocas en libra.

Mientras Pepe, con ayuda de algunas vecinas, procuraba tornar en su acuerdo á Celedonia y lo conseguía al fin, el cirujano reconocía á Pascualillo, que no sin admiracion del mismo facultativo, recobró el conocimiento y se encontró sin ninguna lesion grave, pues la sangre que tenia en el rostro era consecuencia del golpe que se habia dado en las narices al caer de bruces sobre el monton de cal.

Isabel se apoderó de las dos gallinas mas gordas que tenia en el corral y por conducto de Pascualillo, que por su pié tomó el camino de casa, se las mandó á Celedonia diciendo al chico:

—Toma, hijo, llévale estas á tu madre para que tome unos buenos caldos si le obliga á hacer cama el susto que tú, enemigo malo, le has dado.

V.

El sol toca ya al ocaso.

Juan Cachaza, acompañado de su muger y Santiago el de la Roma, está en una de las eras con que lindan las últimas casas de la parte alta de Covaña.

Ha estado de trilla y ya tiene amontonada en la era toda su miserable cosecha.

El día ha sido calurosísimo y aunque la noche se acerca, el viento no mueve una paja ni una arista en la era, lo cual impide á Juan dejar limpio de polvo y paja el trigo de la parva.

Un poco mas abajo de la era está la fuente, á la que se dirige una muchacha cantando y con el cántaro apoyado en la cadera.

La muchacha, que es ni mas ni menos Rosa, la criada de Pepe Berrinche, canta:

Si quieres que yo te quiera
Me has de venir á buscar,
Como el arroyo á los rios
Y los rios á la mar.

Santiago, que entiende la indirecta, se sonrie de gozo, suelta el biello y se va hácia la fuente con pretexto de echar un trago.

Juan y su muger, que tambien entienden la indirecta de la Rosa y la sed de Santiago, se sonrien maliciosamente.

—¿Es envidia ó caridad?

—¿Envidia! replica Juan. ¿De cuando acá envidian á los que buscan los que ya han encontrado? Anda, anda á la fuente, que nosotros la tenemos mas cerca que tú.

Y al decir esto, Juan enlaza con el brazo el cuello de su muger, que si no le contesta con otro abrazo, le contesta con una mirada y una sonrisa que encierran un poema de amor.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

REVISTA DE MADRID.

Los pensamientos que se vierten en un escrito, van á nutrir mas ó menos las inteligencias de los lectores. Bajo este punto de vista les comprende con exactitud la calificación de alimento. Ahora bien; sentado este precedente, no debe cabernos duda de que la mayor parte de nuestros escritores escriben de cuaresma.

Este pensamiento me lo ha sugerido la época en que nos hallamos.

Pero como tambien tengo yo necesidad de hablarlos de sucesos ocurridos en cuaresma y no quisiera caer en la misma falta de que acuso á mis hermanos en la pluma, voy á ver si elijo, entre todos los que se me presentan, un asunto de meollo y que sea además propio de la temporada actual. Voy á hablar, pues, de la virtud; esa piedra preciosa del corazon; de mas valor que el oro y tan rara como los diamantes de gran tamaño.

Y no creais que hablo de la virtud por capricho. Mi revista va á ser el eco, la copia, el trasunto de otra gran revista de virtudes que ha tenido lugar hace poco en el paraninfo de la universidad central.

Siento muchísimo no poder tomar en serio ciertas cosas; pero recuerdo haberme reido de la muerte.

Y sin embargo, no hay cosa mas seria.

Cuando la considero como el último momento de mi vida, tiemblo de tal manera, que si me viese á un espejo me asustaría de ver la seriedad de mi propio rostro. Mas cuando la miro como me la pinta el mundo, hecha una bonita combinacion de huesos, caminando descarnada, boca abierta, pié descalzo y guadaña al hombro, no puedo menos de echarme á reir.

Y es que la forma, si no es todo, como ha dicho un politico, es las cuatro quintas partes como digo yo en este momento.

Pues bien; por cuestion de forma voy á censurar severamente el acto celebrado hace poco en el paraninfo de la universidad central.

Allí, bajo la presidencia del presidente del Consejo de Ministros, con asistencia de personas respetables y ante un público distinguido, se llama á concurso á la virtud, se le toma cuenta en alta voz de sus propios méritos y se le paga en oro.

¡Qué miseria! ¡Qué daño hace en el alma el sonido metálico de ese premio, dado á una tierna hija, que agosta la flor de su juventud, que desprecia las vanidades del mundo, que olvida sus doradas ilusiones, que sacrifica el bienestar con que le brinda la suerte, y permanece amante y cariñosa junto al lecho en que yace enferma su anciana madre! ¿Con qué oro podeis pagar estos actos? Tenedlo presente: para vosotros la virtud es simplemente un mendigo. El oro que le dais es una rica limosna.

Pero no es lo peor pagarle en oro. Lo que vosotros tengais acaso como lo mas importante de vuestro servicio á la virtud es aun de mas funestas consecuencias: esa solemnidad, ese fausto, esa pompa con que exhibis al público á aquellos á quienes vais á premiar. Una persona verdaderamente virtuosa os diría: «dadme el socorro, pero no digais mi nombre.»

Lo demás es el lujo del corazon, es la vanidad de la virtud, hermana gemela de la hipocresía.

¿En beneficio de quién provocais semejante solemnidad? ¿Del virtuoso? No, al alma que es de Dios le ofende el mundo. ¿De los demás? Tampoco; á los corazones dispuestos al bien les bastaría leer en una memoria, en los periódicos, en cualquier parte una descripción de las acciones virtuosas hecha de modo que llegase al alma y estimulase á seguir el ejemplo; mas sin nombres, mas sin aparato, mas, sobre todo, sin ese aspecto vano y mercantil con que vestís el asunto. En cambio los corazones dispuestos al mal hallan estímulo á la codicia y tal vez fingen virtud y agitan influencias para tener participacion en vuestro oro.

El sistema que seguis es un sistema proteccionista, y algunos de vosotros sabeis cuáles son las consecuencias de la proteccion. desde los tiempos de Grecia, en la época Alejandrina, hasta hoy se viene observando que con la literatura académica, que es la proteccion de la literatura, muere el genio. Con la proteccion mercantil muere el comercio. Protejed á la moral y morirá la virtud.

Tal vez sea una exageracion, un error de mi pobre inteligencia; pero yo que me tengo por sincero libre-cambista, me tendria á la vez por inconsecuente si no lo fuera hasta en los asuntos que se refieren al alma.

Los límites de este trabajo me impiden estenderme hablando de otros asuntos, dignos tambien de ocupar la atencion de mis lectores.

Concluyo, pues, suplicándoles me dispensen en gracia de la estrechez del espacio y de la importancia de la cuestion precedente, que nos ha sido preciso tratar con algun detenimiento.

R. SERRANO ALCAZAR.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

EL MUSEO LITERARIO.

IMPORTANTE.

Rogamos á todos los señores suscritores de Valencia, que dejen de recibir algun número, den aviso de la falta los lunes precisamente, y los de fuera de la capital cuanto antes les sea posible.

Las reclamaciones se harán en la imprenta de D. José Rius, plaza de San Jorge, 3, ó en la Administración del periódico, calle de la Congregacion, 1, 2.º

La Redaccion de EL MUSEO LITERARIO admite cuantas composiciones en prosa y verso se le remitan y que sean dignas de figurar en sus columnas, adquiriendo sus autores por medio de la publicidad, un nombre digno de su talento oscurecido tal vez por falta de un periódico que admita sus producciones.

REGALO A LOS SUSCRITORES PERPÉTUOS.

Un precioso *Almanaque ilustrado* para todos los suscritores que lo sean durante el presente año.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.